



Una Opción Opositora

Luis CORDERO BARRERA

La oposición está en crisis. Sus proyectos no le resultan, sus estrategias no funcionan, al interior de cada grupo son cada vez más evidentes las divisiones, mientras que entre los propios conglomerados, las discrepancias y los desacuerdos van siendo cada vez mayores.

Frente a un cuadro tan desolador, hace unas semanas el país presenció uno de los hechos políticos más inesperados y sorprendentes en el último tiempo. En efecto, cuando distintos sectores de la oposición comenzaron a hacer público su deseo de que el cardenal Raúl Silva Henríquez aceptara ser postulado a la presidencia de la República, es probable que muchos creyeran que se trataba de una broma o de una equivocación. Sin embargo, era cierto y en serio. Entre sus muchas ventajas, afirman sus patrocinadores, la más importante, según ellos, es que hoy por hoy es la única figura que indiscutiblemente puede ser el abanderado de la oposición unida.

El hecho, tal como ya lo explicó con extraordinaria valentía y lucidez Jaime Guzmán, no puede ser minimizado ni descalificado como un absurdo. Al contrario, ha sido suficiente que algunos personeros de la derecha republicana, luego de haberlo visitado un par de veces, hayan lanzado la sugerencia, para que un coro de políti-

cos marxistas, principalmente del Partido Comunista, aclamen la idea.

Es evidente que el cardenal Silva Henríquez cuenta con la adhesión entusiasta del M.D.P. y de todo el sector de la Iglesia que él siempre lideró desde una perspectiva político-religiosa. Lo ven como un hombre que invariablemente ha estado apoyando las ideas revolucionarias en el país y que, además, está profundamente comprometido con las ideas de los modelos sociales y económicos de inspiración socialista.

Gran colaborador del gobierno de don Eduardo Frei, verdadero gestor de la reforma agraria confiscatoria que se inició en ese período; una vez instalado el gobierno marxista de la Unidad Popular, no omitió detalle en su afán de respaldar sus políticas socialistas, al extremo que desde su primera visita al Presidente electo, Salvador Allende, declaró que tenía una profunda confianza en él y que sus proyectos eran todos para el bien de Chile. Nada, sin embargo, ha sido más elocuente para llegar a apreciar la posición política del cardenal Silva, que su implacable actitud frente al actual Gobierno, en todo orden de cosas y desde los primeros días de la liberación nacional. Tanto es así, que no sin razón en los círculos opositores, se reconoce

que de no ser por él, ni la reconstitución de la Unidad Popular, ni la mantención de la propia estructura partidista de la democracia cristiana, hubiesen sido posibles.

Tal vez por eso mismo, como lo señala Jaime Guzmán, sea la persona que el Partido Comunista desea impulsar como candidato a la presidencia de toda la oposición. Bien deben calcular ellos que si la iniciativa toma cuerpo, al entusiasmo unánime que la idea concita en la izquierda, se agregaría además la adhesión resuelta de los sectores democristianos más radicales y la imposibilidad de los demás sectores de ese partido, para restarse o resistirse a dicha candidatura, aun cuando la idea no les guste.

Personalmente, creo que no va a existir esta candidatura. Tengo una gran confianza en que las autoridades eclesiásticas y el Vaticano van a saber parar a tiempo un movimiento que podría dividir de manera irreparable a la Iglesia y al país. Sin embargo, el hecho es grave, no sólo porque viene a ratificar y a dejar en evidencia de un modo irrefutable el papel político partidista que han desempeñado algunos sectores del clero, sino también porque muestra a una oposición agotada, casi desesperada entre sus confusiones y sus fracasos.